



DONATO CARRISI



La **HIPÓTESIS**



del **MAL**



 Planeta

Donato Carrisi

La hipótesis del mal

Traducción de Maribel Campmany

Título original: *L'ipotesi del male*

© 2013, Donato Carrisi
© por la traducción, Maribel Campmany, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2015
ISBN: 978-84-08-13586-9
Depósito legal: B. 23.961-2014
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

La calle empezó a animarse cuando faltaban pocos minutos para las seis.

Los camiones del servicio de limpieza urbana recogían la basura de los cubos situados delante de los chalets como soldaditos obedientes. A continuación, fue el turno de la máquina que barría el asfalto con unos cepillos giratorios. Los furgones de los jardineros llegaron inmediatamente después. El césped de los jardines y los caminos quedaron sin hojas y malas hierbas, y los setos, podados a la altura ideal. Cuando acabaron con la tarea, se marcharon, dejando a su espalda un mundo ordenado y un silencio apacible.

El lugar feliz estaba listo para presentarse ante la mirada de sus contentos habitantes, pensó Mila.

Había sido una noche tranquila, como todas las noches allí. Hacia las siete, las casas empezaron a despertarse perezosamente. Detrás de las ventanas, padres, madres e hijos parecían atareados y alegres ante el nuevo día que tenían por delante.

Otro día de una vida feliz.

Mientras los miraba, sentada en su Hyundai aparcado al principio de la manzana, Mila no sentía envidia porque sabía que, si arañaba un poco la superficie dorada, siem-

pre salía otra cosa. A veces era el cuadro verdadero, hecho de luces y sombras, como tiene que ser. Otras, sin embargo, había un agujero negro. A uno lo embestía el aliento pútrido de un abismo hambriento y le parecía que, desde las profundidades, alguien susurrara su nombre.

Mila Vasquez conocía bien la llamada de la oscuridad. Bailaba con las sombras desde el día en que nació.

Chasqueó los dedos de las manos, forzando la presión sobre el índice de la izquierda. El breve dolor le dio impulso para mantener la concentración alta. Al cabo de poco las puertas de entrada de los chalets empezaron a abrirse. Las familias abandonaban sus viviendas para afrontar su desafío con el mundo, que para ellas siempre sería demasiado fácil, pensó Mila.

Vio a los Conner salir de su casa. El padre, abogado, tenía cuarenta años, un cuerpo delgado bajo un impecable traje gris y el cabello entrecano que resaltaba su tez bronceada. La madre era rubia, con el cuerpo y el rostro de una chica ligeramente envejecida. El tiempo nunca haría mella en ella, Mila estaba segura de eso. Y luego estaban las niñas. La mayor cursaba el primer ciclo de secundaria. La pequeña —una cascada de rizos— todavía iba al parvulario. Eran el vivo retrato de sus padres. Si alguien aún albergaba dudas sobre la teoría de la evolución, Mila las habría disipado mostrándole a los Conner. Eran guapos y perfectos, y obviamente no podían más que vivir en un lugar feliz.

Tras besar a su mujer y a sus hijas, el abogado subió a bordo de un Audi A6 azul y se dirigió hacia su brillante carrera. La mujer cogió un Nissan todoterreno de color verde para acompañar a las niñas a la escuela. En ese momento, Mila bajó de su viejo coche para introducirse en la villa —y en la vida— de los Conner. A pesar del calor, había elegido como disfraz un chándal de footing. El verano había acabado hacía apenas un día, pero si se hubiera puesto una camiseta y unos pantalones cortos, las

cicatrices habrían llamado mucho más la atención. Según los cálculos que había hecho desde que, en los días precedentes, había empezado a apostarse allí, contaba apenas con cuarenta minutos antes de que la señora Conner volviera a casa.

Cuarenta minutos para descubrir si el lugar feliz escondía un fantasma.

Los Conner eran su objeto de estudio desde hacía algunas semanas. Todo había empezado accidentalmente.

Los policías que trabajan en los casos de desaparición no pueden quedarse sentados a su escritorio esperando una denuncia, ya que a veces quien desaparece no tiene ningún familiar que pueda denunciar nada. Porque es extranjero o porque tiempo atrás cortó los lazos con todo o, simplemente, porque no tiene a nadie en el mundo.

Mila los llamaba los *predestinados*.

Individuos que tenían un vacío a su alrededor y no imaginaban que un día se los tragaría. Por eso primero debía buscar el caso y después a la persona desaparecida. Iba por la calle, recorriendo los lugares de la desesperación, donde la sombra muerde cada paso y a uno nunca lo deja solo. Pero las desapariciones también se producían en presencia de un ambiente afectivo sano y protector.

Por ejemplo, cuando quien desaparecía era un niño.

Podía ocurrir —y por desgracia ocurría— que los padres, distraídos por una manifiesta rutina, no se dieran cuenta de algún pequeño pero fundamental cambio. Podía ser que alguien se acercara a los niños fuera de casa sin que ellos lo supieran. Los niños tienden a sentirse culpables cuando reciben las atenciones de un adulto, porque se produce un conflicto irresoluble entre dos recomendaciones que suelen hacer papá y mamá: realmente es difícil librarse del deber de mostrarse educados con los mayores por una parte y evitar el contacto

con desconocidos por otra. Sea cual sea la actitud elegida, siempre habrá algo que esconder. Mila, sin embargo, había descubierto que existía una excelente fuente de información para saber lo que estaba pasando en la vida de un niño.

Por eso, cada mes visitaba una escuela distinta.

Pedía permiso para entrar en las aulas cuando los pequeños alumnos no estaban. Se detenía a mirar los dibujos colgados en las paredes. En esos mundos de fantasía solía disfrazarse la vida real. Pero, sobre todo, se condensaba el conjunto de emociones secretas, y a veces inconscientes, que el niño absorbe y expelle como una esponja. Le gustaba visitar los colegios. Sobre todo le gustaba el olor: pasteles de cera y cola para el papel, libros nuevos y chicle. Le infundía una misteriosa tranquilidad, le daba la idea de que nunca podría ocurrirle nada.

Porque para un adulto los lugares donde están los niños son los más seguros.

Fue durante una de esas exploraciones cuando Mila descubrió, en medio de decenas de dibujos expuestos en una pared, el de la hija pequeña de los Conner. Había elegido ese parvulario por casualidad a principios del año académico y fue a visitarla durante el recreo, mientras los niños estaban fuera en el patio. Se detuvo en su minúsculo mundo, disfrutando con los gritos festivos procedentes del exterior como fondo.

Lo que la impresionó del dibujo de la pequeña Conner fue la familia feliz que había representado. Ella, mamá, papá y su hermanita en el césped delantero de su casa. Un bonito día con un sol sonriente. Los cuatro cogidos de la mano. Pero, apartado de la escena principal, había un elemento que desentonaba. Un quinto personaje que enseguida le provocó una extraña inquietud. Parecía estar suspendido y no tenía cara.

«Un fantasma», pensó Mila en el acto.

Estaba a punto de pasar de largo, pero entonces buscó

en la pared otros dibujos de la pequeña y descubrió que la oscura presencia aparecía en todos ellos.

El detalle era demasiado conciso para ser casual. Su instinto le decía que debía profundizar.

Preguntó a la maestra de la niña, que fue muy amable y le confirmó que la historia de los espectros ya hacía tiempo que se producía. Le explicó que, por experiencia, no había de qué preocuparse (normalmente sucedía después de la muerte de un familiar o un conocido, y era la manera en que los pequeños procesaban el duelo). Por si acaso, la maestra se lo preguntó a la señora Conner. Si bien últimamente no había muerto nadie de la familia, hacía poco la pequeña había tenido una pesadilla. Tal vez fuera ésa la causa.

Pero Mila había aprendido de los psicólogos infantiles que los niños atribuyen el semblante de personajes de fantasía, y no necesariamente héroes negativos, a figuras reales. Así puede ocurrir que un extraño se convierta en un vampiro, pero también en un simpático payaso o incluso en Spiderman. Sin embargo, siempre hay un detalle que desenmascara al doble, haciéndolo nuevamente humano. Recordaba el caso de Samantha Hernandez, que había dibujado con los rasgos de Papá Noel al hombre de barba blanca que cada día se le acercaba en el parque. Sólo que en el dibujo, como en la realidad, llevaba un tatuaje en el antebrazo. Pero nadie reparó en ello. De este modo, al ser despreciable que acabaría raptándola y asesinándola le bastó con prometerle un regalo.

En el caso de la pequeña Conner, el elemento indicador era la repetitividad.

Mila estaba convencida de que a la niña la asustaba algo. Debía descubrir si se trataba de una presencia real y, sobre todo, inofensiva.

Como siempre, había decidido no advertir a los padres. Era inútil crear alarma o una aprensión infundada solamente por una vaga sospecha. Empezó a vigilar a la

pequeña Conner para identificar a las personas con las que tenía contacto fuera de casa o en los pocos momentos en los que se alejaba de la vigilancia de su familia, como cuando estaba en el parvulario o en clase de danza.

Ningún extraño estaba particularmente interesado en la niña.

Sus sospechas eran infundadas. Sucedió a menudo, pero no le sabía mal haber echado por la borda días de trabajo si la recompensa era un sentimiento de alivio.

Por pura precaución, sin embargo, también decidió visitar el colegio de la hija mayor de los Conner. En sus dibujos no había ningún elemento ambiguo. Pero la anomalía se escondía en un cuento que la maestra había mandado como deberes para hacer en casa.

La niña eligió una historia de terror cuyo protagonista era un fantasma.

Era posible que el fruto de la fantasía de la hermana mayor fuera lo que hubiera influenciado a la pequeña, sólo para asustarla. O bien era la prueba definitiva de que no se trataba de una persona imaginaria. Tal vez el hecho de que Mila no hubiera descubierto a ningún extraño sospechoso significaba que la amenaza estaba mucho más cerca de lo que había sentido al principio.

No era ningún desconocido, sino alguien de casa.

Por eso había decidido realizar una nueva inspección, esta vez en la vivienda de los Conner. Ella también tendría que transformarse.

De cazadora de niños a cazadora de fantasmas.

Faltaba poco para las ocho de la mañana, Mila se puso los auriculares de un mp3 —apagado— y, simulando que estaba haciendo footing, recorrió con paso acelerado el tramo de calle que la separaba del sendero de entrada. Cuando estuvo cerca del chalet de los Conner, torció a la derecha bordeando el edificio hasta llegar a la parte tra-

sera. Tanteó primero la puerta de servicio, después las ventanas. Cerradas. Si hubiera encontrado una entrada abierta y alguien la hubiera sorprendido, podría haber esgrimido la excusa de que se había metido en la casa porque sospechaba que había un ladrón. No se habría salvado de una acusación de allanamiento de morada, pero así habría tenido más posibilidades de salir indemne. En cambio, si forzaba la cerradura, se exponía a un riesgo inútil a la vez que estúpido.

Recordó el motivo por el que se encontraba allí. Las percepciones instintivas no pueden explicarse, todos los policías lo saben perfectamente. Pero, en su caso, había un impulso irresistible por rebasar siempre el límite. Sin embargo, era evidente que no podía llamar a la puerta de los Conner y decir: «Hola, algo me dice que sus hijas están corriendo un peligro a causa de un fantasma que, sin embargo, podría ser una persona de carne y hueso». De modo que, como solía suceder, la incómoda sensación se impuso al buen juicio: regresó a la puerta de servicio y la forzó.

Enseguida se dio contra un muro de aire acondicionado. En la cocina todavía estaban los platos del desayuno, en la nevera colgaban fotos de las vacaciones y tareas escolares en las que destacaba una buena nota.

Mila sacó del bolsillo de su chándal un estuche negro de plástico. Contenía una microcámara tan diminuta como un botón, de la que salía un cable que actuaba como transmisor. Gracias al sistema sin hilos y a internet, podría vigilar a distancia lo que ocurría en la casa. Sólo tenía que encontrar el lugar más adecuado para colocarla. Miró la hora y se adentró para inspeccionar el resto de las habitaciones. Como no disponía de mucho tiempo, decidió concentrarse en los espacios donde tenían lugar la mayor parte de las actividades familiares.

En el salón, con los sofás y la tele, había un mueble librería de madera de raíz labrada. En vez de libros, con-

tenía los diplomas conseguidos por el abogado Conner en el desarrollo de su profesión como forense o que se había ganado gracias a su implicación en la comunidad. Era un ciudadano ejemplar, muy apreciado. Sobre un estante destacaba un trofeo de patinaje sobre hielo que había ganado la hija mayor. Era un detalle simpático eso de compartir el espacio de los honores con otro miembro de la familia, pensó Mila.

Sobre la chimenea, una foto mostraba a los Conner sonrientes y conjuntados con unos cómodos jerséis rojos, todos iguales. Al parecer, se trataba de una especie de tradición familiar que se renovaba todas las Navidades. Mila nunca podría haber posado para un retrato como ése, su vida era demasiado distinta. Ella era distinta. Apartó rápidamente la mirada, pues la imagen le resultaba insoportable.

Decidió inspeccionar el piso de arriba.

En los dormitorios, las camas estaban sin hacer y esperaban el regreso de la señora Conner, que había abandonado su carrera para dedicarse a cuidar de la casa y de sus hijas. Mila sólo echó un rápido vistazo a la habitación de las niñas. En la de los padres, el armario estaba abierto. Se detuvo a observar la ropa de la señora Conner. La existencia de una madre afortunada le llamaba la atención. Había una especie de anticuerpo en su interior que desactivaba los sentimientos, por eso no podía saber lo que se sentía. Pero podía imaginárselo, eso sí.

Un marido, dos hijas, una casa confortable y protectora como un nido.

Mila perdió de vista por un momento el objetivo de la inspección y se fijó en que algunos vestidos que colgaban de las perchas eran de una talla distinta. «Incluso las mujeres bonitas pueden engordar», pensó contenta. A ella no le sucedía. Era muy delgada. En cualquier caso, teniendo en cuenta lo amplios que eran los vestidos con los que había escondido los kilos de más, debía de haber sido

duro para la señora Conner recuperar de nuevo su silueta. De repente, Mila se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Había perdido el control. En vez de ir a la caza de peligros, se había convertido ella misma en un peligro para aquella familia.

Una extraña que invade el espacio vital.

Y además había perdido el sentido del tiempo, y la señora Conner podía estar ya de camino. Así pues, decidió sin titubeos que la colocación ideal de la microcámara era el salón.

Localizó el lugar más adecuado en el interior de la librería con los trofeos familiares. Ayudada por una cinta con adhesivo en ambos lados, situó el aparato de manera que quedara lo más oculto posible entre los objetos. Sin embargo, mientras llevaba a cabo la operación, en el margen derecho de su campo de visión apareció una mancha de color rojo, como una luz parpadeante a la altura de la pared encima de la chimenea.

Mila interrumpió lo que estaba haciendo y se puso a observar de nuevo la foto de familia con los jerséis navideños que antes había ignorado apresuradamente por sus celos absurdos. Y, mirándola mejor, vio que el idílico cuadro mostraba una fisura. Concretamente, en los ojos de la señora Conner había silencio, como si fueran las ventanas de una casa deshabitada. El abogado Conner parecía esforzarse por aparecer radiante, pero el abrazo con el que estrechaba a su mujer y a sus hijas no transmitía sensación de seguridad, sino en todo caso de posesión. Además, había alguna otra cosa en aquella imagen, pero Mila no conseguía distinguirla. La felicidad postiza que rodeaba a los Conner ocultaba algo que no encajaba. Y entonces lo vio.

Las niñas tenían razón. Había un fantasma en medio de ellos.

Al fondo de la fotografía, en vez de la librería llena de reconocimientos, había una puerta.